

Política para bufones

Pedro González Calero

Política para bufones

Una historia alternativa del poder y sus teóricos

Ilustraciones de Anthony Garner

Ariel **CLAVES** 

1.^a edición: junio de 2012

© 2012: Pedro González Calero

© 2012: Ilustraciones: Anthony Garner

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2012: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.espacioculturalyacademico.com

ISBN 978-84-344-0416-8

Depósito legal: B. 14.070 - 2012

Impreso en España por Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*A mi madre.
Y en memoria de mi padre,
militante antifranquista y libertario.*

No es tarea fácil dirigir a los hombres;
empujarlos, sin embargo, es muy sencillo.

RABINDRANATH TAGORE

¿Algún tirano de la Historia, harto de
crímenes, se excusó ante la humanidad?

CARLOS EDMUNDO DE ORY

Prólogo

La política ha sido desde mi juventud una de mis grandes pasiones pero, como suele ocurrir con las pasiones, ha sido para mí también motivo de no pocos desengaños. Y es que ya se sabe que las relaciones pasionales siempre son inestables y, en ocasiones, peligrosas. Como decía en broma un compañero de antiguas batallas dialécticas, que mantenía una relación igualmente apasionada con la política: «A veces le entran a uno ganas de estrangularla».

Espero que no sea eso lo que yo haya hecho en este libro, aunque seguramente más de un malicioso me echará en cara el haberlo intentado. Por el contrario, he procurado en él abordarla con cierto distanciamiento, haciendo un pequeño repaso de la historia de las ideas políticas y utilizando para ello las bromas y anécdotas que la propia historia de las ideas nos ha dejado; algo parecido, en fin, a lo que ya intenté hacer con respecto a la historia de la filosofía en mis dos libros anteriores (y de ahí que alguna que otra broma de las que aparecían en aquellos libros se halle también incluida en éste).

Por lo demás, no es difícil advertir que, entre los bastidores del humor, asoma a menudo en estas páginas la sombra del escepticismo, y ello no sólo con respecto a los distintos

proyectos políticos (aunque no todos ellos me merezcan ni mucho menos la misma consideración), sino incluso con respecto a la capacidad de los seres humanos para sacudirse algún día de encima el yugo de la explotación. Recuerdo que de joven me gustaba citar una frase de Walter Benjamin que decía: «Sólo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza». Pues bien, yo, ni siquiera por amor a los desesperados, albergo ya esperanza.

Y sin embargo, uno no puede dejar de sentir la dentellada de la indignación cada vez que asiste a un nuevo caso de injusticia, a un nuevo atropello por parte de los poderosos. En ello, incluso el escéptico más empedernido encuentra a veces un motivo para la resistencia. Una resistencia sin esperanza, desde luego, sin ilusión de éxito, pero que nos salva al menos de convertirnos en cómplices de la barbarie.

Asimismo, puede el escéptico deleitarse en la destrucción de los argumentos que en cada época han esgrimido los valedores del orden establecido, pues ya sabemos de sobra que los tiranos y sus acólitos nunca se conforman con ejercer su poder, sino que además pretenden convencernos de que lo hacen por nuestro bien y de que la razón está de su parte. En este punto, confieso que ha sido para mí un placer transcribir algunas de las ingeniosas burlas inventadas a lo largo de la historia para ridiculizar dichos argumentos. Como también lo ha sido descubrir algunas de esas viejas sátiras que consiguen de vez en cuando dejar a los déspotas en evidencia. Y aquí va, para concluir este prólogo, la primera de ellas:

Cuenta una leyenda oriental que el emperador mongol del siglo XIV Timur Lenk (también conocido como Tamerlán), cuyos dominios se extendían desde Nepal hasta la India, desfilaba un día por Samarcanda al frente de sus tropas cuando vio a un pobre harapiento que mendigaba una limosna. Enseguida, Timur ordenó que le cortaran la cabeza. Su bufón, horrorizado, le preguntó por qué había dado

aquella orden arbitraria y a todas luces injusta, y Timur le explicó que la imagen del mendigo le había parecido una señal de mal augurio antes de entrar en batalla. Ante lo cual, el bufón no pudo sino murmurar para sus adentros:

—Me pregunto quién de los dos era de verdad un mal augurio para el otro.